

has dejado, continuó, besar á mis hijos y mis hijas. Neciamente has obrado, y sábeta que mi mano tiene bastante fuerza para volver mal por mal; pero el Señor de vuestro padre me dijo ayer noche: Guárdate de hablar contra Jacob cosa alguna áspera. Está bien que desases ir á los tuyos y á la casa de tu padre, mas ¿porqué me has robado mis dioses? Jacob había oído con paciencia á su suegro y le respondió con moderacion: Que me haya marchado sin daros parte, ha sido porque temí que por fuerza me quitarais vuestras hijas; y por lo que hace á la acusacion de hurto, aquel en cuyo poder se hallaren vuestros dioses, que sea muerto á vista de nuestros hermanos. Escudriña, si hay en mi poder alguna cosa que te pertenezca y llévatela. Diciendo esto, ignoraba que Raquel se había traído los ídolos de su padre. Entró Laban en la tienda de Jacob, de Lia y de Bala y Zelfa: y no los halló. Entró tambien en la de Raquel, donde estaban, pero ella los escondió bajo del aparejo de un camello, y sentada encima, dijo á su padre, que se acercaba registrando: No se enoje mi Señor, porque no me puedo levantar delante de vos. Me hallo en mala disposicion. Laban, cansado de buscar, y satisfecho con esta obsequiosa excusa, dió por concluido el registro, quedando tan chasqueado, como contenta su hija.

Mas Jacob (siempre ignorante del hecho de Raquel) viendo ya á su familia libre de toda sospecha, y muy ofendido del registro que había hecho Laban en todos sus pabellones, sin respetar ni la tienda matrimonial, le dijo con enojo: ¿Qué habeis hallado en todo el haber de mi casa? Ponedlo aquí delante de nuestros hermanos, y sean jueces entre vos y yo. ¿Para eso he estado veinte años con vos? Vuestras ovejas y vuestras cabras no fueron estériles. No me he comido los carneros de vuestro ganado, ni os manifesté lo que las fieras habían arrebatado. Yo pagaba todo este daño, y vos me exigiais con rigor cuanto faltaba por hurto. De dia y noche me quemaban el ca-

lor y la helada, y el sueño huía de mis ojos, de este modo os he servido veinte años en vuestra casa, catorce por vuestras hijas y seis por vuestros ganados. Habeis cambiado diez veces mi salario, y si el Dios de mi padre Abraham y el temor de Isaac no me hubieran asistido, tal vez ahora me hubiérais despachado desnudo. Laban nada podía responder á tan justas y graves quejas. Con sola esta narracion no podía dejar de ser condenado aun por los mismos hermanos y parientes que habían venido con él; pero él no esperó su decision y se hizo á sí mismo justicia, suplicando Jacob que se olvidasen ya todos los motivos de quejas. Mis hijas é hijos, dijo, y tus ganados y todo lo que ves, á mí me interesan. ¿Qué (mal) puedo yo hacer á mis hijos y nietos? Ven, pues, y hagamos alianza para que sea en testimonio entre mí y entre ti.

Jacob se había quejado con un poco de agrura, pero era para lograr una paz verdadera y duradera. Condescendió pues gustoso con los deseos de su suegro, y para formar el monumento de alianza, fijó una piedra, y dijo á los que estaban en su compañía: que llevasen piedras. Así lo hicieron, y formaron con ellas un gran monton, sobre el cual comieron Laban y Jacob juntos. Este monton ó túmulo, dijo entonces Laban, sea un testimonio, si, ó yo pasare de él para ir contra ti, ó tú le pasares con designio de hacerme mal. Así lo juraron ambos. En seguida se ofrecieron sacrificios, y sellados los juramentos con la sangre de las víctimas, comieron de ellas y permanecieron allí todo aquel dia. Laban con su gente aun durmió aquella noche en la montaña, pero se levantó antes del dia, abrazó tiernamente á sus hijas y nietos, les echó su bendicion, y les deseó las mayores prosperidades. Se despidió de Jacob en la mejor amistad, y se volvió á la Mesopotamia á su ciudad de Haran.

Tambien Jacob siguió el viaje que había emprendido, pero si fué peligroso el lance de que acababa de salir, lo era mucho mas todavía aquel en que iba á entrar. Había tenido que sufrir en un suegro los amaños y las

bajezas de la avaricia, y ahora tenia que prevenirse contra los ataques del odio y la violencia de un hermano que tenia decretada su muerte. Ocupado de este nuevo temor, discurría sobre las precauciones que podría tomar para salir de un paso tan peligroso, cuando le salieron al encuentro ángeles del Señor. ¡Dichoso encuentro! Jacob al verlos se olvidó de todo y exclamó: Campamentos de Dios son estos. Y llamó á aquel lugar *Mahanaim*, esto es, campamentos. ¡Admirable conducta del Señor! Cuando Jacob iba á Haran se hallaba en la mayor pobreza y necesitaba que Dios le diese con que alimentarse y cubrirse, y por eso le hizo ver una escala misteriosa que representaba su divina providencia, y ángeles que, como ministros suyos, subían y bajaban por ella para proveer á los hombres; pero cuando vuelve de Haran cargado de bienes, y no necesita sino defensores de su persona y familia, y de los bienes que le ha dispensado su divina providencia, le hace ver ángeles armados en su defensa. Mas por grande que fuese la seguridad que le daba esta admirable vision, él hizo, no obstante, para no tentar á Dios, cuanto pudo de su parte por suavizar el enojo de su hermano.

Al salir Jacob de la casa de sus padres habia dejado á Esaú en una disposicion que podia temer de él cualesquiera males, y aunque la ausencia de veinte años habia podido calmar su enojo, recelaba que la noticia de su vuelta, y sobre todo su presencia, si llegase á verle, encenderia de nuevo su cólera y mortal odio. Para aumento de su temor supo en las cercanías de Mahanaim el gran poder de su hermano. Jacob acaso habria podido evitar su encuentro, emboscándose y caminando de noche por senderos extraviados, pero su marcha con tantos hombres, mujeres, hijos y ganados no podia ser secreta, y así tomó el partido de caminar descubiertamente y sin rodeos. Envió de los mas diestros de su gente mensajeros á la tierra de Seir, á la region de Edóm, donde habitaba su hermano, y les dijo: Así hablaréis á Esaú

mi señor. Esto dice vuestro hermano Jacob: En casa de Laban he peregrinado y estado hasta este dia. Tengo vacas y asnos, y ovejas, y siervos y siervas. Os envio una embajada para hallar gracia delante de vos. Los mensajeros de Jacob hicieron su viaje sin tropiezo, y no tardaron en volver diciendo: Fuimos á Esaú vuestro hermano, y hé ahí que viene á vuestro encuentro con cuatrocientos hombres. Temió Jacob mucho con esta noticia, y amedrentado, dividió la gente que tenia, y tambien el ganado en dos cuadrillas, diciendo: Si viniere Esau contra la una cuadrilla, la otra cuadrilla que queda se salvará. San Agustin observa sobre este pasaje, que aunque confiemos en Dios, como confiaba Jacob, debemos tomar los medios humanos, pues omitirlos seria tentarle. Jacob aquí, como hombre, teme á su hermano, como prudente toma precauciones para evitar sus violencias, y como fiel á Dios, todo lo espera de su paternal providencia; y así despues de dividir sus ganados y su gente, se dirige al Señor y le hace la siguiente súplica, que puede servir de modelo, dice el mismo san Agustin, á todos los atribulados. Dios de mi padre Abraham y Dios de mi padre Isaac, dijo, levantando sus ojos al cielo, vos, Señor, que me dijisteis: Vuélvete á tu tierra y al lugar de tu nacimiento y te haré bien... Libradme de la mano de Esaú, mi hermano, porque le temo mucho, no sea caso que viniendo hiera á la madre con los hijos.

Jacob estaba lleno de fe y de esperanza; sin embargo veía un grandísimo peligro de perecer con toda su familia, si el Señor en la profundidad de sus juicios, tan terribles como adorables, disponia retirar su proteccion; y todo le parecia poco para no desmerecerla. Despues de haber hecho una súplica tan patética y fervorosa, procura apurar todos los medios humanos para no tentarle. Como la separacion que habia hecho en dos cuadrillas, dejaba, á lo menos la primera, expuesta á los golpes de la cólera de su hermano, trató de cubrirlas

ambas. Con este objeto separó, para regalarle y calmar su enojo, doscientas cabras y veinte machos, doscientas ovejas y veinte carneros, treinta camellas paridas con sus crias, cuarenta vacas, veinte toros y veinte asnas con diez pollinos, y le envió todas estas manadas, por manos de sus siervos, diciéndoles : Adelantáos á mí, y haya espacio entre manada y manada. Si encontrases á mi hermano Esaú, dijo al primero, y te preguntaré ¿de quién eres? ó ¿adónde vas? ó ¿de quién es esto que llevas delante de ti? Responderás : Son presentes de vuestro siervo Jacob que envia á mi señor Esaú; y él mismo tambien viene en pos de nosotros. Las mismas órdenes dió al segundo y al tercero y á todos los que conducian las manadas. De este modo fueron delante de él los presentes, y él se quedó aquella noche en el campamento. Se levantó antes del día; porque el gran peligro en que se hallaba, no le permitia apenas sueño, y tomando sus dos mujeres y sus dos siervas, con sus once hijos y su hija, pasó el vado de Jaboc; y despues de haber hecho pasar é ir delante de él todo lo que le pertenecia, se quedó solo.

Lucha de Jacob con un ángel.

Jacob, que miraba esta jornada como decisiva de su vida, de las de sus mujeres é hijos, y de la conservacion de los frutos de veinte años de fatigas y trabajos, trató de suplicar otra vez al Señor y hacerle una violencia santa para que le continuase su asistencia. Se dirigió de nuevo al Cielo; mas á poco de haberse puesto en oracion, hizo el Señor que conociese cuánto debia esperar de su proteccion. Un ángel, que representaba á su Majestad, y que algunos han creído que era el de su guarda, habiendo tomado la figura de hombre, se le puso delante y empezó á luchar con él. De tal manera habia templado el Señor las fuerzas del ángel con las de Jacob, que lucharon mucho tiempo sin que ninguno saliese vencedor. El

ángel, viendo que no podia vencer á Jacob, tocó el nervio de su muslo, que al punto se marchitó; pero ni por esto Jacob dejó de pelear, ni de tener estrechamente apretado entre sus brazos á su contrario. Entonces dijo el ángel : Déjame, porque ya sube la aurora; y Jacob le respondió : No os dejaré hasta que me bendigais. Y dijo el ángel : ¿Qué nombre teneis? Yo, respondió el valiente luchador, me llamo Jacob; y dijo el ángel : No, no te llamarás ya Jacob sino Israel, porque si contra Dios fuiste fuerte, ¿cuánto mas prevalecerás contra los hombres? Jacob á su vez quiso tambien saber el nombre del ángel con quien habia luchado, y le preguntó : Decidme ¿con qué nombre sois llamado? ¿Porqué preguntais mi nombre? respondió el ángel, y aquí se desprendió de Jacob, le echó su bendicion y desapareció; pero al desaparecer dejó en el corazon de Jacob un sentimiento tan profundo de veneracion y de temor, que le tuvo algun tiempo enajenado; y cuando volvió en sí, exclamó lleno de asombro : Yo he visto al Señor cara á cara, ¡y sin embargo yo vivo! Y llamó á aquel lugar *Fanuel*, que quiere decir *Vista de Dios*.

Salió el sol luego que Jacob salió de Fanuel para alcanzar á su familia, pero iba cojeando del lado cuyo nervio habia marchitado el ángel; por lo que, dice el historiador sagrado, no comen los hijos de Israel el nervio (de los animales) que se marchitó en el muslo de Jacob. Esto lo observaban los Israelitas en memoria del combate que su padre Jacob habia sostenido con un ángel que representaba al Señor, y con esta observancia perpetuaban la memoria del valor de su patriarca. Creen algunos que cesó la cojera luego que se calentó el muslo con el movimiento : otros que esto fué al ir á encontrarse con Esaú; y otros en fin que duró hasta que llegó á la ciudad de *Siquem*, donde entró sano, y que por esta sanidad se llamó despues *Salem*. Lo cierto es, que Jacob se sintió en extremo animado por haber salido tan bien en la lucha con un ángel. Alcanzó pronto á su familia y llegó bien

preparado para recibir á Esaú, cuya aparicion esperaba por momentos.

Encuentro de Jacob y Esaú.

En efecto, no tardó Esaú en dejarse ver á lo léjos, escoltado de sus cuatrocientos hombres armados, y Jacob, luego que le descubrió, principió á ordenar toda su familia para el recibimiento. Separó los hijos de Lia y de Raquel, señoras y mujeres de primer orden, de los de Bala y Zelfa, criadas y mujeres de segundo orden, é hizo que estos cuatro hijos marchasen los primeros conducidos por sus madres. Despues siguieron los seis hijos de Lia acompañados de su madre y de su jóven hermana; y últimamente iba Raquel, llevando de la mano al tiernecito José que apenas tenia seis años. Estos cerraban la marcha, ocupando el lugar mas separado del peligro. Iba Jacob al frente de sus mujeres y sus hijos, lleno de valor y serenidad para recibir á Esaú, pero, como sábio y santo, hizo la debida diferencia entre la lucha que acababa de sostener con un ángel y la que debía sufrir con un hermano. Combatiendo brazo á brazo se habia sostenido con un ángel, y humillándose hasta lo sumo debía sostenerse y amansar el corazon del hermano. Cuando este ya se acerbaba, Jacob se adelantó y postró de trecho en trecho hasta siete veces antes de llegar á su presencia. Conmovido en gran manera Esaú al ver tanta humildad, tanta veneracion y tan profundo respeto, no pudo contenerse, corrió á su encuentro, le abrazó, y estrechándose con su cuello y besándole, derramó sobre él copiosas lágrimas. La escena era tierna. Jacob correspondia por su parte, y los dos estuvieron abrazados largo rato gozando de tan dulces y tiernos afectos. Entretanto la familia de Jacob iba llegando. Los primeros quese acercaron á Esaú fueron los cuatro hijos de Bala y Zelfa conducidos por sus madres, y tanto

estas como sus hijos le saludaron con una profunda reverencia. Siguiéronse los seis hijos de Lia con su madre y hermanita, y todos le saludaron con la misma reverencia. Por último llegó Raquel con su hijo José, y le saludó del mismo modo.

Esaú recibió con mucha satisfaccion y contento las muestras de respeto que le daba la familia de su hermano, y fueron un nuevo motivo para aumentar su cariño. Se cree generalmente que Esaú habia tomado los cuatrocientos hombres armados con ánimo de prender ó de matar á Jacob; pero Dios, en cuya mano estan los corazones de todos los hombres, de un leon formó un cordero, y de un hermano furioso un cariñoso hermano, y cariñoso constante, porque nada se vió despues en él contrario á este cariño. Reconciliado tan sinceramente con su hermano, quiso saber porqué le habia enviado aquellas cuadrillas de ganados y pastores que se habia encontrado en el camino; y Jacob le dijo: Era para hallar gracia delante de mi señor. Entonces dijo Esaú: Tengo muchísimos bienes, hermano mio, sean los tuyos para ti. Instó Jacob; y Esaú, vencido de sus instancias, vino en tomarlos; pero añadió: Vamos juntos y seré compañero de tu viaje; mas Jacob se excusó diciendo: Sabeis, señor, que tengo en mi compañía niños tiernos y ovejas y vacas preñadas, y si las hiciere trabajar mas en andar, perecerán en un dia. Vaya mi señor delante de su siervo, y yo, poco á poco, seguiré sus pisadas, segun viere que pueden mis niños hasta llegar á mi señor en Seir. Ruégote, dijo Esaú, que á lo menos queden contigo algunos de mis hombres armados para que te acompañen en el camino. No es menester, dijo Jacob, yo solo una cosa necesito, y es quedar en gracia con mi señor (hermano). Aquí Esaú dió á Jacob las mas firmes palabras de su amor y confianza, y despidiéndose de él y su familia con las expresiones mas cariñosas, se volvió á su habitacion de Seir, de donde habia venido.

Cualquiera que mire con ojos humanos lo que pasó

aquí entre Esaú y Jacob, no acertará fácilmente á concordarlo con la bendicon que dió á este su padre Isaac. *Sé tú señor de tus hermanos*, le dijo, y *los hijos de tu madre se humillen delante de ti*. Y aquí se ve todo lo contrario, pues Jacob es quien se humilla delante de Esaú y le venera como á su dueño y señor; pero ya se ha dicho que el cumplimiento de las promesas hechas á Jacob solo se habia de verificar en sus descendientes, y que su grandeza y gloria consistia en que de su posteridad habia de nacer el hombre Dios, en quien serian benditas todas las naciones de la tierra.

Jacob despedido con tanta paz de su hermano, no siguió su camino como habia dicho; fuera porque considerase mas detenidamente el gran rodeo que iba á tomar para ir á la tierra de Canaan, que era su término; fuera porque el Señor le inspirase que siguiese otro camino, él se dirigió á las riberas del Jordán, é hizo alto en una dilatada llanura del pais de Siquem, donde edificó una casa y fijó sus tiendas, lo que hizo dar á aquel sitio el nombre de Socotó de los pabellones. Aquí descansó algun tiempo, porque el pais era hermoso y los pastos abundantes. De aquí, pasado el Jordán, se encaminó á Salem, ciudad de los Siquemitas en la tierra de Canaan y habitó cerca de ella. Compró de los hijos de Hemor por cien corderos aquella misma posesion que mas de cien años antes habia comprado su abuelo Abraham y que, desamparada por largo tiempo, habia vuelto á sus primeros dueños. Como fué santificada entonces con los sacrificios que Abraham ofreció al Señor sobre el altar que erigió en ella y que habia desaparecido con el curso de los años, Jacob erigió otro altar y ofreció sobre él sacrificios al Señor, *fuertísimo Dios de Israel*, añade el sagrado texto. Creyó sin duda permanecer aquí alguna temporada, pero un suceso desgraciado le obligó á alejarse de este ameno sitio.

Suceso desgraciado de Dina.

Era esta la hija única que habia tenido de sus cuatro mujeres, y fué la que causó, no tanto por su culpa como por su desgracia, el primer sentimiento en la casa de Jacob. Habia nacido en Haran de su esposa Lia, y fué criada con gran cuidado al lado siempre de su madre. Tenia ya diez y seis años, y curiosa como suelen serlo las mujeres, principalmente en su edad, quiso ir un dia á Siquem, en cuyas cercanías moraban sus padres, por ver las mujeres de aquella ciudad, sus vestidos y sus modas. Su inocencia y pocos años no la permitieron ver peligro en esto; pero bien pronto experimentó cuanto daña á una doncella salir á ver cuando hay un riesgo en ser vista. Siquem, hijo del Hebeo Hemor, rey del pais, vió la jóven israelita y quedó tan ciegamente enamorado de ella que á la fuerza la arrebató á su palacio, y á pesar de toda la resistencia que hacia esta virgen de Israel fué oprimida por la violencia. Dina, estuprada y deshonrada, lamentaba amargamente su desgracia. Sus ojos, que la vérgüenza tenia abatidos al suelo, vertian copiosas lágrimas. Ella estaba inconsolable. Su llanto, sus quejas, su inquietud, su irritacion aumentaron en el hijo del rey una pasion que, por lo comun satisfecha, se muda en aborrecimiento y aun en desprecio. El amor á la pureza que veía en Dina por la acerba pena que lá causaba verse manchada, encendió mas la pasion del príncipe. Procuró consolarla, y prometió reparar, en lo posible, su afrenta casándose con ella. Se dirigió á Hemor su padre y se determinó á manifestarle su delito y su pasion, y á pedirle que se la tomase por esposa.

En aquel tiempo eran muchos los reyes de la tierra de Canaan, y por consiguiente no eran poderosos. Sus ciudades, bien diferentes de las que hubo despues de la conquista de los Israelitas, ni eran fuertes ni populosas. Las

campiñas ni estaban habitadas ni cultivadas, y jamás Abraham ni sus descendientes tuvieron falta de tierras pingües y pastos abundantes, sin que persona alguna se les disputase en todo el tiempo que anduvieron por ellas. En fin los reyes de Canaan casi no eran mas que unas cabezas de familia que gobernaban á sus descendientes, esclavos y domésticos. Hemor no era de otro rango y no se hallaba en estado de despreciar la familia, que con razon juzgaba sumamente irritada por el bárbaro atropellamiento de su hijo. Se resolvió, pues, á reparar en lo posible esta maldad y á pedir á Dina por esposa del príncipe.

Jacob supo esta tropelia, estando sus hijos en el campo ocupados en apacentar sus ganados y calló hasta que vinieron. Mas cuando salió Hemor de su ciudad para hablar á Jacob, venian ya sus hijos, y al saber que habia sido forzada y profanada la hija de Jacob, la virgen de Israel, se irritaron fuertemente. A poco tiempo llegó Hemor con su hijo Siquem y les dijo : El alma de mi hijo se ha pegado á vuestra hija. Dádsela por mujer y enlacemos mutuamente matrimonios. Dadnos vuestras hijas y tomad las nuestras, y habitad con nosotros. La tierra está á vuestra disposicion. Labrad, negociad y poseedla. Y Siquem dijo tambien al padre y á los hermanos de Dina : Halle yo gracia delante de vosotros y daré cuanto determináreis. Aumentad la dote y pedid dádivas, y yo daré con gusto lo que me pidiéreis. Solamente quiero que me deis á Dina.

Los hijos de Jacob respondieron á Siquem y á su padre con engaño, embravecidos por el estupro de su hermana. No podemos hacer lo que pedís, le dijeron, ni dar nuestra hermana á hombre que no esté circuncidado, porque eso es abominable entre nosotros; mas si quiéreis ser semejantes á nosotros haciendo que se circunciden todos vuestros varones, entonces darémos nuestras hijas en matrimonio y recibiremos las vuestras; pero si

no quiéreis circuncidaros, tomarémos nuestra hermana y nos retiraremos. Pareció bien la propuesta á Hemor y á su hijo Siquem, y habiendo entrado en la ciudad dijeron al pueblo : Estos son hombres de paz y quieren habitar con nosotros. Negocien en la tierra y cultivenla, porque siendo espaciosa y ancha necesita de cultivadores. Tomarémos sus hijas por mujeres y les daremos las nuestras. Una sola cosa retarda tanto bien, y es que circuncidemos nuestros varones, imitando la costumbre de este pueblo. Condescendamos solamente en esto, y sus bienes y sus ganados y todo lo que poseen será nuestro, y morando juntos, formaremos un solo pueblo. Todos consintieron en ello, y todos los varones fueron circuncidados. Mas al tercer dia, cuando es gravísimo el dolor de las heridas, dos hijos de Jacob, Simeon y Levi, hermanos de Dina, tomando sus espadas, entraron osadamente en la ciudad, pasaron á filo de espada á todos los varones porque no se hallaban en estado de resistir, quitaron tambien la vida á Hemor y á Siquem, sacaron á Dina, su hermana, de la casa de Siquem y la llevaron á su padre. Entonces los otros hijos de Jacob se echaron sobre los muertos, los despojaron y saquearon la ciudad en venganza del estupro. Tomaron sus ovejas, sus vacas y sus asnos, destruyeron todo lo que habia en las casas y en los campos, y llevaron tambien cautivos sus niños y sus mujeres, ¿Quién diria al ver salir á Dina de su casa para ir á ver las mujeres de Siquem, que su curiosidad habia de ocasionar tantas desgracias y estragos? ¡ Cuán cierto es que una sola chispa basta para abrasar una gran selva ! ¡ Cuántos peligros no trae una curiosidad ! La de Eva perdió al mundo. ¡ Cuántos males no ha causado esa fatal inclinacion de las mujeres á ver y ser vistas ! La de Dina fué la perdicion de ella misma y el origen de los horribles estragos que ejecutaron en esta ocasion Simeon y Levi, y de la depredacion de los demás hermanos. Jacob, al saber esta matanza y estos robos de

sus hijos, se halló turbado y casi trastornado. Era la primera desgracia doméstica, pero terrible. ¡Su única hija arrebatada, violentada, estuprada!... ¡dos hijos inhumanos, crueles!... ¡los demás injustos, raptos, depredadores!... Jacob se ahogaba con el peso de tantas desgracias á un tiempo, y no halló otro partido que tomar sino ausentarse de aquella tierra de sangre que clamaba al Cielo contra su familia. Hizo poner en libertad los niños y sus madres con todas las demás mujeres, y restituir todos los bienes y ganados para huir, pero sin saber adónde.

Mas el Señor, que siempre velaba sobre el santo patriarca y le protegía, se le apareció y le dijo : Levántate, sube á Betel, habita allí, y edifica un altar al Dios que se apareció á ti cuando huías de Esaú tu hermano. Jacob como vuelto en sí, y animado con esta visita del cielo, convocó luego toda su familia, y para aplacar al Señor tan justamente irritado, les mandó que arrojasen los dioses ajenos que hubiese entre ellos. Purificáos, añadió. Mutad vuestros vestidos. Levantáos, y subamos á Betel para erigir allí un altar al Dios que me oyó en el día de mi tribulacion, y fué compañero de mi viaje. Ellos, reconocidos y obedientes, le dieron todos los dioses que conservaban por interés con los zarcillos que pendian de sus orejas, porque todo era oro ; y el celoso patriarca mandó hacer un hoyo profundo al pié de un terebinto que estaba mas allá de Siquem, y todo lo enterró en él. Levantaron en seguida sus campamentos, y luego que principiaron su marcha cayó el terror del Señor sobre todas las ciudades del contorno, y á pesar de la irritacion que debian haber concebido contra ellos, nadie se atrevió á perseguir á los que se retiraban. Llegó Jacob, y todo el pueblo que estaba con él, á Luza, por sobrenombre Betel, sin que nadie les turbase ; edificó allí un altar, y llamó el nombre de aquel sitio *Casa de Dios*, porque se le habia aparecido allí Dios cuando iba huyendo de su hermano. Aquí volvió el Señor á aparecerse á Jacob y le dijo : Yo el Dios om-

nipotente. Crece y multiplicate. Gentes y pueblos de naciones procederán de ti. Reyes saldrán tambien de ti, y la tierra que di á Abraham y á Isaac la daré á ti, y á tu posteridad despues de ti ; y se retiró el Señor. Jacob no quiso que se perdiese la memoria de esta aparicion, y para conservarla levantó un monumento de piedras en el lugar en que el Señor le habia hablado. Vertió vino sobre él y derramó aceite.

Muerte de Raquel.

Saliendo, pues, Jacob de allí en el tiempo de la primavera, tomó el camino de Efrata. Se hallaba Raquel en cinta al tiempo de su partida y muy adelantada en su embarazo ; pero no se juzgó entonces que estuviese tan cercano el parto, pues amándola Jacob tanto, nunca la habria expuesto al riesgo si hubiera conocido el peligro. Los dolores del parto la cogieron antes de poder llegar á la ciudad, y fueron tan terribles que la hicieron consentir en que moria. La mujer que la asistia, no temais, la decia, porque aun tendréis este hijo. En efecto, ella dió á luz un hijo, pero fué á costa de su vida. En el extremo de sus dolores, y amenazándola ya la muerte, puso al recién nacido el nombre de *Benoni*, esto es, hijo de mi dolor, y á pocos instantes espiró.

No se puede ponderar cuánto seria el sentimiento de Jacob en la muerte de una esposa tan tiernamente amada, comprada á precio de una penosa servidumbre de catorce años que le parecieron pocos en fuerza del amor grande que la tenia. El ver aumentada su familia con el nacimiento de un hijo no calmó el profundo sentimiento del padre, y para apartar de sí un motivo que se le aumentaba lastimosamente, mudó el nombre de *Benoni*, ó hijo de mi dolor, que le impuso Raquel cuando estaba espirando, en el de *Benjamin*, ó hijo de la diestra, para dar á entender que este hijo que le habia nacido de su mas querida esposa á la edad de ciento y seis años,

seria el consuelo de su ancianidad y el báculo de su vejez. Raquel fué enterrada en el camino que va á Efrata, llamada despues Belén, célebre por el nacimiento de David, é incomparablemente mas célebre par el nacimiento del Salvador del mundo. Jacob la hizo las exequias acostumbradas á las mujeres ilustres, y debieron ser muy esmeradas las de una esposa tan querida. Hizo fabricar una hermosa columna, la colocó sobre el sepulcro, y la fijó tan firmemente, que permanecia sobre él mas de dos siglos despues, cuando tomaron posesion los Israelitas de aquella tierra prometida á sus patriarcas. Jacob habria dejado de buena gana para siempre una tierra donde habia perdido lo que mas amaba en este mundo; pero no hallándose el recien nacido Benjamin en estado de poderle poner en camino, tomó una resolucion que, al paso que quitaba de su vista el triste espectáculo del sepulcro de Raquel, proveia al robustecimiento de su hijo. Hizo que fuesen delante sus ganados, sus esclavos, sus esclavas, sus mujeres y sus hijos con orden de parar en la llanura que llamaban *la Torre del rebaño*, porque sus contornos abundaban de excelentes pastos; y dejó con Benjamin á Bala, su mujer de segundo orden y esclava de Raquel, para que cuidase del hijo de su difunta señora, y además el número de personas que pedia una esmerada asistencia del niño. El santo patriarca, despues de haber provisto abundantemente de todo, fué á reunirse con la familia que se habia fijado en las cercanías de la torre del ganado, segun se la habia ordenado.

Ruben, el hijo mayor de Jacob, se habia apasionado criminalmente de Bala, y estando en esta mansion fué á buscarla á Belén, donde habia quedado cuidando del tierno Benjamin, y sin considerar que era mujer de su padre la hizo consentir en su pasion. El crimen fué horrendo, y Jacob llegó á saberlo; pero como hay delitos cuyo castigo repara menos que daña el escándalo, el santo patriarca, á quien el atropellamiento de un hijo y

la infidelidad de una esposa hacian el padre y el esposo mas digno de lástima, ahogó en su pecho esta inmensa pesadumbre, y dilató para otro tiempo el debido castigo.

Jacob estuvo como un año en este paraje esperando que el niño pudiese sufrir las fatigas del camino, y aprovechando al mismo tiempo la abundancia de los pastos. En la primavera siguiente, hallándose ya Benjamin en estado de ser conducido sin riesgo en los brazos de su ama, fué traído al campamento de su anciano padre y recibido de él con aquella ternura que se deja conocer. Entonces trató Jacob de concluir un viaje de treinta años y se dirigió al valle de Mambre, donde en otro tiempo habia peregrinado su abuelo Abraham y vivia ahora su padre Isaac. Allí encontró á este patriarca en la edad ya de ciento y sesenta y siete años, pero no tuvo el consuelo de hallar á Rebeca su querida madre, á quien debia mas de una vida, porque habia muerto unos años antes. Isaac estaba ciego y enfermo, y desde la muerte de Rebeca se hallaba sin consuelo alguno de la tierra. Sus dos hijos se habian alejado de él; Jacob para el viaje de la Mesopotamia, y Esaú para las montañas de Seir, donde se habia establecido. Únicamente le quedaba la esperanza de abrazar á su querido Jacob, si volvía del viaje antes de su muerte, y esta esperanza era la que se iba á cumplir en este feliz momento. Jacob entró en la tienda de Isaac rodeado de sus hijos y corrió á arrojarse entre los brazos de su amado padre, quien le recibió con un gozo que podria haber acabado con su anciana y débil vida. Abrazados padre é hijo gozaron por largo rato de un placer y de un consuelo que ni ellos mismos sabrian explicar. Al fin Jacob se desprendió de los brazos del cariñoso padre, pero fué para presentarle su numerosa familia. Isaac abrazó con ternura á cada uno de sus nietos y les bendijo con la doblada bendicion que le correspondia, como hijo de Abraham, y padre de Jacob. Oyó de la boca de este amado hijo los admirables sucesos de su viaje, y sobre todo la particular provi-